

Plaza pública

Relevo en el Colegio de Economistas

► La responsabilidad de Manuel Aguilera

Miguel Angel Granados Chapa

Armando Labra dejará esta noche su cargo como presidente del Colegio Nacional de Economistas y será sustituido por Manuel Aguilera Gómez, director del Instituto Mexicano del Café. No se trata de un simple relevo en un organismo gremial que interese sólo a los miembros de la agrupación, sino que importa nacionalmente por la relevancia creciente de las posiciones políticas del colegio.

No será injusto para nadie reconocer que a partir de 1974, cuando Jorge Tamayo, ahora subsecretario de Comercio, asumió la presidencia del Colegio, éste fue revitalizado con aires de nueva política. Bastaría para indicar hechos que probaran objetivamente esta afirmación la circunstancia de que a partir de entonces se establecieron y se desarrollaron los congresos nacionales de economistas, la institución del premio "Juan F. Noyola" y la expresión de puntos de vista institucionales ante situaciones que demandaban tomas de posición simultáneamente técnicas y políticas.

A Tamayo le correspondió organizar el primer congreso, efectuado ya hace cinco años, en octubre de 1974, bajo el título "La economía mexicana: coyuntura y perspectiva". También fue fundador del premio Noyola, que se otorgó la primera vez al propio Manuel Aguilera que a partir de hoy encabezará al gremio de economistas; mismo que luego fue atribuido, en 1978, al lúcido ensayo "Inflación y democracia" de Gustavo Esteva y David Barkin y hace pocos días a un trabajo sobre concentración de capitales escrito por José Manuel Quijano, todo lo cual indica el valor de la presea.

Rodolfo Becerril Traffon sustituyó a Tamayo después de un proceso electoral en el que participó Jesús Puente Leyva al cobijo de la influencia que le proporcionaba su proximidad al presidente Echeverría. En un proceso rigurosamente democrático que fortaleció internamente al Colegio, Becerril logró el apoyo mayoritario de sus compañeros y pudo, entre otros logros, organizar el segundo congreso nacional de economistas que se refirió a "Financiamiento e inversión para el desarrollo". El consenso formado alrededor de Armando Labra, que ya para entonces era un *sui generis* diputado federal priísta, le permitió ser el sucesor de Becerril sin que hubiera necesidad de una votación explícita. En el periodo que ahora finaliza, y entre otras iniciativas fructíferas, Labra promovió en julio de 1978 un "Foro nuclear nacional" junto con la Academia Mexicana de Ciencia y Tecnología Nucleares. Propulsó también discusiones sobre energéticos, las relaciones mexicano-estadunidenses y el análisis del eventual ingreso de nuestro país en el GATT. Con amplias razones para experimentar satisfacción por el resultado de sus trabajos al frente de los economistas, hoy entregará la presidencia a Aguilera Gómez.

Este asume el cargo excepcionalmente dotado para cumplir el compromiso que significa no interrumpir la línea de apoyo crítico que el Colegio ha ofrecido al gobierno de la República. Su historia personal aporta indicaciones inequívocas de que continuará y profundizará la trayectoria política reciente del Colegio. Ha desarrollado trabajo académico y de dirección administrativa. Ha reflexionado por escrito sobre temas torales para el país. Como hemos dicho, en 1975 ganó el premio Noyola con el ensayo titulado "La desnacionalización de la economía mexicana" del que extraemos esta cita sobre un fenómeno que el autor califica de amenazante e ilustra claramente su posición: "El enorme poder económico concentrado por las empresas extranjeras en los renglones dinámicos —neurálgicos— de la actividad del país, rebasa el marco de las dimensiones económicas: está creando todo un esquema cultural y sociopolítico que configura 'la cultura de la dependencia de las masas', que trasciende la vida cotidiana de las 'clases medias urbanas', altamente sensibles a los esquemas de la sociedad de consumo, penetrando en la escala de valores y en los patrones de conducta de extendidos sectores de la población rural".

unomásuno

El sistema premia a Fidel Velázquez

En el instante de recibir Fidel Velázquez, de manos del Presidente de la República, la medalla *Belisario Domínguez* ya se habían levantado en torno del hombre de la CTM, olas concéntricas de discusión.

Ciertamente, no se discute sobre si el viejo líder es merecedor o no de la medalla —¿quién va a negarle su calidad de destacado mexicano?—, sino acerca del modo como debe interpretarse el acto, su significación *per se*, en el interno de sí mismo.

Desde esta perspectiva la ceremonia de ayer, solemnizada por la presencia de los tres poderes y engranajes y apéndices del sistema, se manifiesta como una celebración de éste por él mismo, puesto que, llevando más allá la tesis de uno de los colaboradores de *unomásuno*, ¡Fidel Velázquez no está fuera, ni frente, ni debajo, ni encima del poder, sino que está en el centro del aparato, es de él un engranaje indispensable.

Sin embargo, es preciso matizar. Fidel Velázquez es tronco del sector obrero del Partido Institucional, es decir, del sector que, por su organización, depende en gran parte su homogeneidad fundamental de clase y da un mínimo de coherencia al partido del gobierno. No se ve en el horizonte de lo inmediato la posibilidad concreta de que se premie otra figura, ni remotamente equivalente, salida ni de la CNOP ni, tanto menos, de la CNC. Habría mucho más qué reflexionar acerca de las circunstancias objetivas por las cuales en esos sectores del PRI no ha surgido ningún Fidel Velázquez, sobre todo entre los campesinos. Posiblemente alguna vez estuvo a punto de surgir, pero el aparato, dada la composición de sus intereses, no lo permitió. Sin embargo, quede esto en el reino, por otra parte legítimo, de la imaginación hipotética.

Ahora bien, aun en esa posición privilegiada de gran sostén del sistema, y aun siendo parte de éste, Fidel Velázquez no es sino una parcela cuya representatividad ha venido modificándose con el paso de los años.

Al tomar las riendas del sindicalismo oficial fue quien, más que otro mexicano, aportó bases para lo que sería el despegue de nuestro relativo milagro económico. Posteriormente, ya en el arco de la evolución política que desembocó en el desarrollo llamado estabilizador, su papel empezó a cambiar hasta lo que es hoy: mediador entre los hombres del aparato y los centros donde se condicionan las circunstancias reales de la política mexicana actual. En esa situación ha estado cambiando aspiraciones de clase por un activo obrerismo verbal, que es lo que continúa haciendo hoy, brillantemente. Se puede decir que, con Fidel Velázquez, los trabajadores mexicanos perdieron capacidad política a cambio de modestos privilegios frente a la muchedumbre de los marginados. Arbol bajo cuya sombra floreció la docilidad sindicalista, el aparato del cual ese engranaje ha crecido desmesuradamente, al punto que sus piezas y movimientos se pierden y ya no se sabe —incluso hay polémicas al respecto— hasta dónde llega en realidad.

Por todas estas razones, la ceremonia de ayer ha sido vista por buena parte de los mexicanos como cosa remota, que no conmueve, incluso a los mismos obreros. Se la ve con respeto, porque en torno a